

pura y encendía los tulipanes, que no son otra cosa que todas las variedades de la llama hechas fuego. En torno de los bancos de tulipanes remolineaban las abejas, chispas de aquellas flores llamas. Todo era gracia y alegría hasta la próxima lluvia; ésta, reincidente de que debían aprovecharse los lirios y las madre selvas, no tenía nada de alarmante; las golondrinas hacían la graciosa amenaza de volar bajo. El que estaba allí respiraba felicidad; la vida olía bien; toda aquella naturaleza exhalaba el candor, el socorro, la asistencia, la paternidad, la caricia, la aurora. Los pensamientos que caían del cielo eran dulces como la manita de un niño que se besa.

Las estatuas, bajo los árboles, desnudas y blancas, tenían ropajes de sombra, agujereados de luz; eran diosas con harapos de sol, pues los rayos les colgaban de todas partes. Al rededor del estanque grande de la tierra estaba ya seca y hasta caliente. Se movía bastante viento para levantar acá y allá pequeños remolinos de polvo; y algunas hojas amarillas, restos del último otoño, se perseguían alegremente, como los pilluelos en sus juegos.

La abundancia de la claridad tenía no sé qué de tranquilizadora. La vida, la sabia, el calor, los efluvios se desbordaban; sentíase bajo la creación lo enorme del manantial; en todos aquellos soplos penetrados de amor, en aquel vaivén de reverberaciones y de reflejos, en aquella prodigiosa expendición de rayos, en aquel derrame indefinido de oro fluido, se sentía la prodigalidad de lo inagotable, y detrás de tanto esplendor, como detrás de una cortina de llamas, se entreveía á Dios, ese millonario de estrellas.

Gracias á la arena, no había una mancha de lodo; gracias á la lluvia, no había un grano de ceniza. Los ramilletes acababan de lavarse; todo el terciopelo,

todo el raso, todos los barnices, todo el oro que sale de la tierra en forma de flores, se ofrecían á la vista en su mayor pureza. Toda aquella magnificencia respiraba el aseo. El gran silencio de la naturaleza dichosa llenaba el jardín. Silencio celeste, compatible con mil músicas, arrullos de los nidos, zumbidos de los enjambres, palpitaciones del viento. Toda la armonía de la estación se completaba en un agradable conjunto. Las entradas y salidas de la primavera se verificaban en el orden regular; concluían las lilas y empezaban los jazmines; algunas flores se retrasaban, y, al contrario, adelantábanse algunos insectos; la vanguardia de las mariposas encarnadas de junio fraternizaba con la retaguardia de las mariposas blancas de mayo. Los plátanos mudaban la piel. La brisa formaba ondulaciones en los magníficos grupos de castaños. El espectáculo era espléndido. Un veterano del cuartel vecino que miraba al través de la verja, decía:

—Es la primavera vestida de todas armas y con su uniforme de gala.

Toda la naturaleza se desayunaba; la creación se había sentado á la mesa, pues era la hora. El gran mantel azul estaba tendido en el cielo y el gran mantel verde en la tierra. El sol alumbraba *á giorno*. Dios servía el banquete universal. Cada ser tenía su alimento ó su pasta. La paloma zurita encontraba cañamones, el pinzón mijo, el gilguero anagálida, el peti-rojo gusanos, la abeja flores, la mosca infusorios, el chotacabra moscas. Comíanse también de vez en cuando los unos á los otros; tal es el misterio del mal mezclado con el bien; pero ni un solo animal tenía el estómago vacío.

Los dos niños abandonados habían llegado junto al estanque, y, como si les asustase toda aquella luz, procuraban esconderse; instinto del pobre y del débil

ante la magnificencia, aún impersonal, y se pusieron detrás de la cabaña de los cisnes.

Por intervalos, cuando corría viento, se oían confusamente gritos, un ruido, especie de estertor tumultuoso, que era el fuego de los fusiles y golpes sordos, que eran los cañonazos. Percibíase humo sobre los tejados por el lado de los Mercados, y sonaba á lo lejos una campana, que parecía llamar.

Los chicos no daban indicios de notar nada de esto. El más pequeño repetía de tiempo en tiempo á media voz:

—Tengo hambre.

Casi á la par que los dos niños, arrimábase otra pareja al estanque. Era un honrado vecino de cincuenta años, que conducía de la mano á otro honrado vecino de seis; sin duda el padre en compañía del hijo. El honrado vecino de seis años tenía un enorme bollo.

En aquella época, ciertas casas ribereñas, en la calle de Madame y en la del Infierno, poseían una llave del Luxemburgo, de que disfrutaban los inquilinos cuando estaban cerradas las verjas; tolerancia que después se ha suprimido. Aquel padre y aquel hijo salían indudablemente de una de esas casas.

Los dos pobrecillos vieron venir *aquel señor* y se ocultaron algo más.

Era éste un ciudadano, tal vez el mismo que Mario, un día, en medio de su amorosa fiebre, había oído, junto al propio estanque, aconsejar á su hijo «que evitase los excesos». Tenía el aire afable y altivo, y su boca, no cerrándose jamás, se sonreía siempre. Esa sonrisa mecánica, producida por demasiada mandíbula y poca piel, muestra, más bien que el alma, los dientes. El niño, con su bollo mordido, sin seguir comiéndole, parecía disgustado. Llevaba el uniforme de guardia nacional, seguramente á causa

del motín, y el padre iba vestido de paisano, por prudencia.

Detuviéronse el padre y el hijo junto al estanque donde se refocilaban los cisnes. Aquel ciudadano parecía profesar una admiración especial á estos animales. Asemejábase á ellos en el modo de andar.

A la sazón los cisnes nadaban; este es su principal talento, y estaban magníficos.

Si los dos pobrecillos se hubiesen puesto á escuchar y hubieran tenido edad para comprender, habrían podido recoger las palabras de un hombre grave. El padre decía al hijo:

—El sabio se contenta con poco. Toma ejemplo en mí. No me gusta el fausto. Jamás se me ve con vestidos adornados de oro y piedras preciosas. Dejo ese falso brillo para las almas mal organizadas.

En aquel instante los gritos profundos que procedían del lado de los Mercados, estallaron con un aumento de campanas y de algazara.

—¿Qué es eso?—preguntó el niño.

El padre respondió:

—Son saturnales.

De repente vió á los dos chicos haraposos, que seguían inmóviles, detrás de la casita verde de los cisnes.

—Ese es el principio,—dijo.

Y añadió tras un corto silencio:

—La anarquía entra en este jardín.

Entretanto, el hijo volvió á morder el bollo, escupió el pedazo y se echó á llorar bruscamente.

—¿Por qué lloras?—preguntó el padre.

—No tengo más ganas,—respondió el niño.

El padre tomó un aspecto serio.

—No es preciso tener ganas para comer un bollo.

—Me repugna el bollo. Está duro.

—¿No lo quieres?

—No.

El padre le mostró los cisnes.

—Arrójalo á esos palmípedos.

El niño vaciló. Aunque no se quiera un bollo, no es razón para darlo.

—Sé humano. Es preciso tener lástima de los animales.

Y tomando el bollo de manos de su hijo, lo tiró al estanque.

El bollo cayó bastante cerca de la orilla.

Los cisnes estaban lejos, en medio del estanque, y ocupados con alguna presa; así, no habían visto al ciudadano ni el bollo.

El ciudadano, conociendo que éste último corría peligro de perderse, y pesaroso de un naufragio inútil, se entregó á una agitación telegráfica, que acabó por llamar la atención de los cisnes.

Divisaron algo que sobrenadaba, biraron de bordo, como barcos que son, y se dirigieron hacia el bollo lentamente, con esa augusta majestad que conviene á animales blancos.

—Los cisnes comprenden las señales,—dijo el ciudadano, muy satisfecho con esta muestra de su ingenio (1).

En aquel momento el tumulto lejano de la ciudad se aumentó repentinamente. Esta vez tenía algo de siniestro. Hay bocanadas de viento que hablan con más claridad que otras. La que soplaba á la sazón trajo hasta allí distintamente redobles de tambor, gritos, descargas cerradas y las lúgubres respuestas de la campana y el cañón. Coincidió esto con una nube negra que ocultó el sol de improviso.

(1) El juego de palabras del original es intraducible. Dice así: *Les cygnes comprennent les signes.*

Aún los cisnes no habían llegado al bollo.

—Volvámonos,—dijo el padre;—atacan las Tullerías.

Tomó de nuevo la mano de su hijo. Después prosiguió:

—De las Tullerías al Luxemburgo no hay más distancia que la que separa la dignidad de rey de la dignidad de par. No es grande. Los fusilazos van á llover.

Miró la nube.

—Y quizá también va á descargar la lluvia. El cielo se mezcla en todo. La rama segunda está condenada. Volvámonos á prisa.

—Quisiera ver á los cisnes comerse el bollo,—dijo el niño.

El padre respondió:

—Sería una imprudencia.

Y se llevó á su ciudadanito.

El hijo, sintiendo dejar los cisnes, volvió la cabeza hacia el estanque, hasta que un grupo de árboles se lo ocultó.

Entretanto, y al mismo tiempo que los cisnes, los chicos vagabundos se habían acercado al bollo. Flotaba éste sobre el agua. Mientras el más pequeño no apartaba los ojos del bollo, dirigía el mayor la vista al ciudadano.

El padre y el hijo entraron en el laberinto de paseos que conduce á la escalera grande del grupo de árboles, por el lado de la calle Madame.

En cuanto se perdieron de vista, el mayor se tendió prontamente boca abajo en el borde redondeado del estanque, y aferrándose á él con la mano izquierda, inclinado sobre el agua, casi expuesto á caer, extendió con la mano derecha su barita hacia el bollo. Los cisnes, viendo al enemigo, se dieron prisa, y al apresurarse produjeron un efecto de pecho útil al pescadorcito. El agua refluyó delante de

ellos, y una de sus blandas ondulaciones concéntricas empujó suavemente el bollo hacia la barita del niño. Esta tocaba el bollo al mismo tiempo que llegaban los cisnes; el muchacho dió un golpe vivo, le atrajo hacia sí, asustó á los cisnes, le cogió y se levantó. El bollo estaba mojado, pero los chicos tenían hambre y sed. El mayor le dividió en dos partes, una grande y otra pequeña; tomó la pequeña para sí, dió la grande á su hermanito y le dijo:

—Echate eso al coletto.

## XVII

MORTUUS PATER FILIUM MORITURUM ESPECTAT

Habíase lanzado Mario fuera de la barricada seguido de Combeferre; pero era tarde. Gavroche estaba ya muerto. Combeferre se encargó del cesto con los cartuchos y Mario del chico.

¡Ay! Pensaba que lo que el padre de Gavroche había hecho por su padre, él lo hacía por el hijo; sólo que Thenardier había traído á su padre aún vivo y él traía al chico muerto.

Cuando Mario entró en el reducto con Gavroche en los brazos, tenía, como el pilluelo, el rostro inundado de sangre.

En el instante de bajarse para coger á Gavroche, una bala le había pasado rozando el cráneo sin que él lo advirtiese.

Courfeyrac se quitó la corbata y vendó la frente de Mario.

Púsose á Gavroche en la misma mesa que á Ma-beuf, y sobre ambos cuerpos se tendió el paño negro. Hubo bastante para el anciano y el niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos del cesto que había traído.

Esto suministraba á cada hombre quince tiros más.